



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13446

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Artículo: Un mes, 150 ptas.—Tres meses, 450 id.—Estrangería: Un mes, 180 ptas.—Tres meses, 540 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

VIERNES 14 DE SEPTIEMBRE DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumarlin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartré, 31.

La prensa madrileña

crisis de los arsenales

pasado inadvertida para la prensa madrileña, la crisis por que atraviesan los arsenales del Estado y el conflicto que se originaría si por fin ó desidia de nuestros gobernantes llegaran á clausurarse. Este problema el «Diario de la Noche» escribe lo siguiente:

manifestaciones hechas por el ministro de Marina respecto al problema de los arsenales, habrán llamado la atención de los obreros que existen, pero reconociéndose la buena voluntad, y excelencia del señor Alvarado, no se aparta a disipar el negro que se acerca de esta grave cuestión más y más á medida que las construcciones y carenas de ejecución se extinguen y los presupuestos se agotan.

Para el año próximo el señor ministro de Marina, su gran patriotismo é indudable á la Marina, funda tantas esperanzas, y los varios proyectos de ley que el señor Alvarado para construir un buque escuela cañonero que considere de necesidad para la defensa de la patria y la vigilancia de la pesca, y la coordinación por completo, á las cuestiones políticas y parlamentarias.

no estuviesen sometidas á la vida pública, al fin de los partidos, las manifestaciones del señor Alvarado, como una esperanza y una promesa efectiva; el convencimiento real y que la situación angustiosa de la Marina se encuentra en un breve plazo, y con él á

terminarse la aguda crisis por que están atravesando los arsenales.

Como ha dicho muy bien el señor ministro, por ahora está conjurado el peligro de un despido general, y los trabajos continuarán en los arsenales. ¿Hasta cuándo? La buena voluntad del señor Alvarado quisiera que se alargase ese plazo de un modo indefinido; pero ese impulso generoso, digno de la mayor alabanza y que desde luego ha de producir la gratitud de los obreros de los arsenales y de la Marina en general, se ve desgraciadamente contrarrestado por la naturaleza misma de las obras que se proyectan en la «Nautilus», respecto al Ferrol, y en algunos trabajos de menor importancia en los demás arsenales.

Es decir, que si en lo culminante del carácter agudo que presenta la grave crisis de los arsenales, hay de hecho un mejoramiento indiscutible, debido al noble esfuerzo del señor ministro de Marina, que es preciso agradecer y aplaudir, tanto por lo que representa como por lo que significa, hay que confesar que el problema de los arsenales, en lo que tiene de fundamental y constitutivo, sigue en pie.

El propio señor Alvarado lo reconoce con leal sinceridad; la falta de trabajo, dice el señor ministro de Marina, hará inevitable la clausura de los arsenales, eso en general; y cuando se agoten por completo los créditos, se terminen por razón lógica las reparaciones de la «Nautilus» en Ferrol, y los otros trabajos de menor importancia en los restantes arsenales, la amenaza del despido surgirá de nuevo en cada uno de esos establecimientos en particular.

Si por el pronto, y gracias á los oportunos esfuerzos del señor ministro

de Marina de no se interrumpen los trabajos, y por consiguiente no hay despido de obreros; si se han girado fondos que permitan conjurar el peligro de momento, queda flotando en el aire la triste convicción de que cuando todo eso, por razón natural se extinga, el peligro reaparecerá; y contra esto es contra lo que entendemos debe prevenirse el Gobierno, que hará bien en considerar que ese peligro no es sólo el de los arsenales y el de la Marina, sino como indicábamos en los pasados días, es también el peligro del Gobierno, que por demorar el problema naval, por no acometer de frente y con resolución un programa definitivo de reconstrucción marítima, se va á ver ante un conflicto insoluble, el de una numerosa población del litoral que por instinto de conservación se resistirá á la inacción, que es la muerte.

Hay necesidad de desechar la idea de que esos conflictos carecen de importancia. Son más graves y más trascendentales que los que ofrecen carácter social en las otras manifestaciones del trabajo que de tiempo en tiempo se determinan tierra adentro.

Los obreros de la periferia nacional no son como los del centro; éstos pueden aplicar sus actividades y emplear sus aptitudes en servicios rudimentarios porque el esfuerzo personal que exigen, lo mismo puede ser eficaz en obras de una clase que de otras.

Los obreros de los arsenales, y en general de cuantos en el litoral se consagran á trabajos de explotación marítima, son profesionales en su respectivo arte; no pueden ser sustituidos de momento y tampoco encuentran facilidad para utilizar sus especiales aptitudes en obras de carácter general, y esto, que para ellos es desfavorable, supuesto que los impide esperar en buenas condiciones de resistencia, es también funesto para la Marina porque este personal de maestranza, así la eventual como la fija, esos obreros marítimos que se dedican en todo el litoral á obras de especialización náutica, no se improvisan, educan y preparan á los trabajos como se organizan y disponen

otras masas de operarios, cuando su concurso es necesario para las obras públicas en general.

De ahí, por consiguiente la convicción de que se vaya pensando en soluciones definitivas, que resuelvan para siempre el conflicto de los arsenales y la crisis naval, cuyas consecuencias, así del orden moral como del material, no podrán menos de ser graves y altamente nocivas al interés del Estado, de la Marina y de la patria.

MISTERIOS

EXPLOSIONES POLARES

Están en moda las exploraciones polares, por supuesto en el elevado terreno de la hipótesis ó sea en teoría, porque prácticamente son muy pocos los que se sienten poseídos del indispensable entusiasmo de pasar la invernada entre témpanos de hielo, vestidos de oso y avanzando hacia el Norte ó hacia el Sur en trineo sobre las frías estepas.

El Polo tiene encantos sugestivos desde las zonas templadas, cómodamente arrellanados en la butaca, ante la chimenea, en los crudos rigores de invierno ó bogando placidamente los de estío por las tranquilas aguas del estanque grande del Retiro ó de algún otro remanso por el estío.

Pero... ¡Lisardo en el mundo hay más!—qué diría el vate de marras.—Hay más polos que los de la tierra, que están sin explorar y permanecen en el misterio con tanta ó mayor tenacidad como la de que están haciendo alarde hace tantos siglos los tan acreditados del planeta.

Sin ir más lejos... el de la indiferencia glacial... He ahí un polo ante cuya impenetrabilidad se estrellan, no sólo los sabios... del montón, sino también los de guardarropía, y ante él desfilan inútilmente y llenos de ansiedad los grandes exploradores de gangas, de auras populares, de posiciones privilegiadas, de carteras ministeriales.

El polo de la glacial indiferencia, situado al Norte de la opinión pública no ha sido todavía descubierto. ¿Lo será algún día? Tal vez, pero hasta ahora, todas las tentativas hechas

por los industriales de la política por el grado han fracasado.

Los Nansen de la democracia, los Amundsen de la libertad de conciencia siguen detenidos en los circuitos polares de la curia romana sin avanzar un paso. Estudian la fauna y la flora de las heladas regiones del polo de la indiferencia glacial; recogen datos interesantes, y acumulan antecedentes para dar luego preciosas y entretenidas conferencias públicas... pero no pasan de donde están.

Y no solamente en lo que se relaciona con la cosa pública, digámoslo así, existen polos, también los hay en otros muchos aspectos del diario batallar por el garbanzo; y para convenirse de ello, no hay más que ver cuánto y cuán en tonto se agitan los que se lanzan á exploraciones en busca del vellocino de oro, es un decir.

¿No es una pena ver á esos jóvenes licenciados y doctores en ciencias, en filosofía y letras ó en derecho, embarrados en sus flamantes títulos y diplomas para ir á descubrir, no la piedra filosofal, sino el medio de cumplir la palabra que tienen dada á su novia, de crearse un porvenir y casarse á la semana siguiente?

Lánzase al polo de la impotencia, llenos de ardor, y aun cuando resisten heroicamente las primeras inclemencias, ó se retiran á tiempo, ó sucumben en las heladas regiones polares víctimas del frío horrible de la adversidad que ofrece resistencias invencibles, infinitamente mayores que las tan solfeadas del polo ártico.

De modo que no hay que hacerse ilusiones; sin necesidad de ir al Norte ni al Sur del eje terrestre, hay polos y regiones frías por estos meridianos que permanecen herméticamente cerrados, por completo inaccesibles á los exploradores sociales, y como la lucha por la existencia es cada vez más ruda, los que no tienen quien los auge en el mundo sucumben, aumentando el número de los mártires de la ciencia inútil.

Ahora se está celebrando en Bruselas un Congreso de exploradores polares; quizás salga de él alguna determinación internacional para descubrir el misterio polar; pero será difícil ya se hagan las expediciones en trineo, en automóvil ó en globo. Y si

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

MARIA

280

277 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

encuentro, encontré en la casa de habitación el médico que remplazaba á Mayo en la asistencia de Feliciano. Él, por su parte, y desconfianza, por el momento que lo que aseguraba ser, me hizo saber que había perdido toda esperanza de salvar á la enferma, pues que sufría una hepatitis que en su último período consistía en la total ausencia de aplicaciones, y contribuyó manifestándose ser de opinión que se llamara un eucrodoto.

Entré al momento donde se hallaba Feliciano. Ya estaba Juan Angel allí, y se admiraba de que su madre no le respondiera al alabarle á Dios. En encontrar á Feliciano en un desesperante estado, no podía menos de conmovirme.

Di orden para que se aumentase el número de esclavas que la servían; hice colocar en una pieza más cómoda, á lo que ella se había opuesto humildemente, y se mandó por el sacerdote al pueblo.

Aquella mujer que iba á morir lejos de su patria; aquella mujer que tanto afecto me había tenido desde que fué á mi casa, en cuyos brazos se durmió tantas veces María siendo niña... Pero he aquí su historia, que relatada por Feliciano con rústico y patético lenguaje, entrecruza algunas veladas de mi infancia:

cesar de mirarse hasta que sus labios pronunciaron estas palabras:

—¿Qué bueno es papá! ¿No es verdad?

Lo significó que sí, sin que mis labios pudieran labucir una sílaba.

—¿Por qué no habías? ¿Te parecen buenas las condiciones que pone?

—Sí, María. Y ¿cuáles son las tuyas en pago de tanto bien?

—Una sola.

—Dila.

—Tú la sabes.

—Sí, sí; pero hoy sí debes decirla.

—Que me ayudes siempre.—respondió, y su mano se enlazó más estrechamente con la mía.

XL

Cuando llegué á las haciendas en la mañana del día

viles: en las copas de los árboles cercanos no se percibía un ensurro, solamente los sollozos del río turbaban aquella calma y silencio imponente. Sobre los ropajes turquíes de las montañas blancas abundaban algunas neblinas desgarradas, como chales de gasa niva que el viento hiciera ondear sobre la falda azul de una odalisca; y la bóveda diáfana del cielo se arqueaba sobre aquellas cumbres sin nombre, semejante á una urna convexa de cristal azulado incrustada de diamantes.

María tardaba ya. Mi madre se acordó á indicarme que pasara al salón; me supuse que deseaba aliviarne con sus dulces promesas.

Sentado mi padre en su sofá, tenía á su lado á María, cuyos ojos no se levantaron para verme. El me señaló el lugar desocupado cerca de ella. Mi madre se colocó en una butaca inmediata á la que ocupaba mi padre.

—Bien, mi hija,—dijo éste á María, la cual, con los ojos bajos aun, jugaba con la peineta de sus cabellos,—¿quieres que repita la pregunta que te hice cuando tu mamá salió, para que me la respondas delante de Efraín?

Mi padre sonreía y ella meneó lentamente la cabeza en señal de negativa.

—Y entonces ¿cómo haremos?—insistió él.

